
Músculo y veneno

Rafael Sánchez Ferlosio

Leo en *La mujer* de Buytendijk (versión castellana, Ed. Revista de Occidente, pp. 25-26) lo siguiente:

“Las formas de degeneración de la existencia humana están condicionadas sociológicamente en tal grado que su investigación científica exige un exacto análisis de las situaciones concretas y de sus causas históricas. Este condicionamiento sociológico explica también las agudas discrepancias en los juicios sobre la mujer, de los cuales en el capítulo ‘La mujer en el juicio inmediato’ hemos aportado algunas pruebas. Pero si la existencia femenina ha de comprenderse como una forma de ‘estar en el mundo’ distinta de la masculina, entonces, indiscutiblemente, también esta forma de existencia degenerará en otra forma que la del hombre. De la manera más clara se patentiza en las palabras injuriosas que se emplean especialmente contra la mujer. El lenguaje de los maestros y educadores en este aspecto no es menos instructivo que las radicales comparaciones que dan su nota peculiar a la lucha entre hombre y mujer. Todo país, incluso toda comarca o ciudad, toda clase social, toda profesión dispone de un vocabulario injurioso, en parte propio. Las investigaciones lingüísticas en esta dirección conducirían a resultados muy interesantes de psicología social, aunque naturalmente, muchas palabras injuriosas pueden estar condicionadas históricamente. (¿Por qué se dice en Holanda ‘ilechuza!’ y en Alemania ‘iestúpida oca!’?) En todo caso hay entre las expresiones, sumamente variadas, que designan la específica decadencia de lo femenino, algunas que son corrientes en todos los pueblos y tratan de *poner* especialmente *ante los ojos* ciertos aspectos de la ‘maldad propiamente femenina’, tales como ‘víbora’, ‘vampiro’, ‘bruja’. / A estos hechos pudiera enlazarse un análisis de la decadencia de lo femenino. Entonces se tendría que partir de las experiencias que han conducido al empleo de tales palabras. Es muy digno

de notar que la bruja siempre es una mujer; no hay un brujo masculino, aunque sí hechiceros y magos. Las leyendas y los cuentos de todas las épocas; así como los grandes poemas de la literatura universal lo atestiguan." (Subrayado y puntuación, *sic*; los puntos y aparte los indico con barra.)

El análisis lingüístico más somero de la palabra "víbora" usada como insulto le habría hecho ver al autor que detrás de ella no se esconde ninguna caracterización sociológica de una "maldad propiamente femenina", ninguna figura ontológica sustantiva en que se quisiese encarnar una forma de existencia degenerada, sino que, por el contrario, su constitución es enteramente práctica y alude adjetivamente a las artes de lucha determinadas por las circunstancias fisiológicas en que se encuentran las mujeres; en una palabra, que no es un insulto que se dirija a "la mujer", sino a las mujeres en concreto y en particular: es un insulto empírico; no se refiere por contraposición a ninguna idea cultural de la "mujer", sino que describe una situación experiencial. Buytendijk se ha acercado a ello al hablar de "las radicales comparaciones que dan su nota peculiar a la lucha entre hombre y mujer", salvo que deben invertirse los términos: es la lucha entre hombre y mujer, tal y como empíricamente se produce, la que determina semejante comparación. En tal lucha, en efecto, las mujeres llevarían todas las de perder si intentasen valerse de las manos; como, a pesar de esta inferioridad, vencen, de hecho, muchas veces, o al menos hacen daño, es necesario explicar esta experiencia y caracterizar la fuerza peculiar de que se valen. No es una fuerza privativa de las mujeres —también es accesible a los varones— pero sí es característica de ellas, desde el momento en que es la única de que disponen y en la que cifran todo su poder. "Víbora" alude, pues, a la capacidad de usar las palabras como armas eficaces y quiere aquí decir exactamente "la de palabra dañina"; como esta fuerza es la que las mujeres contraponen con éxito a la fuerza bruta, o *física*, de la que los varones tienen la exclusiva, queda representada como una fuerza *química*. Sólo de las palabras se dice "venenosas", jamás de las acciones: éstas poseen virtud física; el poder de aquéllas tiene que atribuirse a virtud química. Que "víbora" no alude más que a esto, a las artes de la lucha, resulta claro a partir de las expresiones castellanas concomitantes "palabras venenosas" y "lengua viperina"; en esta última, la precisa alusión al poder de la palabra queda inequívocamente demostrada por el desplazamiento de la virtud dañina hacia la lengua, siendo así que la víbora la

lleva, como es notorio, en el diente palatal; con lo que en vez de recordarnos el diente y el morder, la figura evoca más bien la lengua bífida —común, por lo demás, a todas las serpientes— y la voz sibilante del temible ofidio; a ellas se transfiere en la figura, con una metonimia secundaria, la fuerza del veneno, pues “lengua viperina” se entiende como “lengua de palabras venenosas”. No se puede negar, por otra parte, que la doble punta y el peculiar silbido —que no creo producido, tampoco, por la lengua— se prestan bien, por sinestesia, a sostener semejante atribución. La metáfora, pues, desarrolla por dentro, una vez establecida, desplazamientos metonímicos a modo de reajustes condicionados desde su función: lo venenoso pasa a ser la lengua, pero como se trata de la lengua en cuanto hablante, atrae también sobre sí la producción del amenazador silbido, y éste deja de ser simple amenaza para volverse aquí la propia acción del mal. Que la víbora silba con la lengua parece ser una creencia al margen de la metáfora en cuestión —creencia reforzada por el hecho de que los ofidios mueven también la lengua cuando se nos encaran, sibilantes—, pero que la metáfora habilita expresamente para sus propios fines. El cuadro completo de los elementos —sin expresar en él las relaciones operantes, harto difíciles de representar en un esquema bidimensional— puede ser el siguiente:

víbora	boca	(muerde)	daño	(diente)	veneno
mujer	boca	habla	daño	lengua	—
serpiente	boca	silba	—	lengua	bífida

y el cociente metafórico-metonímico es un ser de lengua bífida y voz sibilante que hace daño con sus palabras venenosas; ser que juega, a su vez, en contraposición con otro, dotado de fuerzas puramente físicas. El hecho culturalmente más curioso es aquí el de que la fuerza bruta sea en principio la única considerada como *noble*; las otras artes de lucha son puestas fuera de juego, descartadas como ilegítimos ardidés y denigradas como viles, infames y alevosas.

En lo que se refiere a la palabra “bruja” usada como insulto, hay que empezar por observar que no se dice tanto de la mujer artera cuanto de la irascible; se remite al carácter, pero no toma inmediata-

mente el carácter de las propias brujas —más bien melifluas, antes que irascibles— sino de las mujeres cuya figura se juzga semejante a la figura popular de aquéllas —esto es, las viejas y las solteronas. “Bruja” es la que constantemente hostiga al marido y a los hijos con sus gritos, con sus agrias palabras, la que, teniéndolos amedrentados con la amenaza permanente de sus iras, instaura la tiranía del entrecejo o dictadura interciliar. Sus palabras son ácidas, violentas, mas no ya venenosas; hieren por la acritud —o sea por el sabor— de la emisión, pero no dañan por la virtud química de la intención o la significación; entre las palabras “agrias” y las palabras “venenosas” se concibe la misma diferencia que media entre estos dos atributos figurados: las primeras ofenden por su solo sabor y las segundas dañan por su composición; el sabor se equipara con la fisonomía expresiva, y la composición química con el contenido semántico. Las palabras venenosas pueden ser dichas con la expresión más dulce, así como un veneno puede no ser ingrato al paladar; guardan total independencia con respecto a la forma de emisión, en tanto que las agrias se ligan por entero a la expresión del rostro —especialmente al fruncimiento interciliar— y al tono de la voz y se acercan, con ello, al noble canon de la fuerza bruta: son tenidas, por tanto, por más nobles que las venenosas. (Por otra parte, las palabras agrias empiezan por serlo ya en la propia boca de aquel que las profiere; éste, pues, nos agría de reflejo, con la acritud que él mismo experimenta.) “Bruja” es casi sinónimo de “arpía” en estos empleos; la arpía se caracteriza sobre todo por sus garras de rapaz (por eso hay otro “arpía”, hoy en desuso, que se decía del avariento), y “arpía” es llamada la mujer que araña, ya con sus uñas, ya con sus palabras. Estas artes de lucha están a medio camino entre las armas químicas, como el veneno, y las armas estrictamente físicas, como la pura potencia muscular; y en semejante gradación, el puñetazo limpio seguiría siendo, aun frente al arañazo, el golpe verdaderamente noble. “Palabras agrias” y “palabras venenosas” tal vez no se contraponen solamente a la idea de la fuerza bruta no verbal, sino también a una tercera clase de palabras, concebidas, tácita y negativamente —es decir, sin figura lingüísticamente explicitada, o, si se quiere, con *figura cero*—, como “palabras que golpean”, en la que se vendrían a comprender los secos y explosivos exabruptos de la ira varonil. Así parece acreditarlo, al menos, el que, junto a las de la víbora y la bruja, se haya constituido —tomándola, como la de la bruja, del *dramatis-personae* de los cuentos— una tercera figura, la del “ogro”, con la que se designa, no al varón que se

extralimita con el músculo, sino al que verbalmente dilapida el siempre noble caudal de su furor. (Una buena mujer campesina a la que conocí hace algunos años y que tenía por esposo a un borracho y energúmeno estaba tan firmemente convencida de la esencial nobleza del varón, que, después de contar cómo el marido, de regreso al hogar, la emprendía a golpes y a improperios con ella y con sus hijos —cosa que sucedía con recurrencia semanal—, solía añadir con el dedo levantado: “¡Es que Juan es muy recto!”. (He puesto “Juan”, pero no se llamaba Juan; las otras son las palabras literales que recogí citadas por la dueña de la hacienda, pues yo no las llegué a oír directamente.)

La comparación entre las clases de fuerza es, en forma de reto, un tema muy frecuente de la fábula y de la leyenda; quién no recuerda el desafío entre el sol y el viento sobre cuál de los dos lograría despojar de su capa al caminante: ganó la apuesta el sol con sus ardientes rayos, mientras que el viento, con sus soplos, no pudo conseguir sino que el hombre se apretase la capa más y más. Una leyenda nos cuenta el desafío entre Ricardo Corazón de León y Saladino: Corazón de León tomó un troncón de cedro y lo tajó verticalmente con un golpe de su espada; Saladino echó al aire un liviano cojín de pluma de damasco y cruzándolo al vuelo con el filo de su cimitarra lo hizo llegar al suelo en dos mitades. Dicen que tan veloz pasó la hoja, que no aventó una pluma ni desvió de un punto la caída. Otros lo cuentan con un chal de seda. (Pero del modo más rotundo me niego a convertir una leyenda semejante —como el culturalismo más barato suele gustar de hacer— en fábula paradigmática de una presunta contraposición ontológica entre Oriente y Occidente.) Comoquiera que sea, mientras que aquí el efecto estético deja favorecido a Saladino y a la fuerza sutil, en cambio en el certamen de las tres monjitas —la que meaba por el ojo de una aguja sin salirse ni mojarlo, la que, poniendo en los hoyuelos del cinco de un dado otras tantas semillas de coino, despedía de su sitio, con un pedo preciso, las cuatro de por fuera, dejando la del centro en su lugar, y la que echándose una nuez por las espaldas inclinadas, la cascaba, en rodando, de un golpe, entre las nalgas—, sin dejar de encomiar en las primeras la sutileza y la cominería, virtudes meritorias en su estilo pero a la postre inoportunas en quienes tienen que mandar, no vaciló el obispo en fallar a favor de la tercera, toda vez que para el cargo de abadesa estimaba con mucho preferibles la decisión, el vigor y la firmeza varoniles, atributos de

todo punto indispensables en todas las funciones de gobierno.¹

Pero aunque las ficciones y leyendas hagan alguna vez honor a la destreza sutil y delicada, lo cierto es que la pura fuerza bruta, la cruda y desnuda potencia muscular, es, en principio, el arquetipo de toda fuerza noble, el canon de toda lid caballeresca; si alguna vez la astucia se ha puesto a su lado en segunda dignidad, se ha tratado en todo caso de una astucia especial y restringida —de la astucia odisaica, “fértil en ardides”—, que se ha procurado desde antiguo distinguir escrupulosamente —y siempre *ad hoc*, por lo demás— de la vil alevosía. Hay, pues, una paradójica astucia “leal” —o sea *legal*, si se da oído a la etimología—, que se hallaría formalmente equiparada con la fuerza bruta, pues la nobleza se la da exclusivamente el enfrentarse y medirse con ésta de poder a poder: en una palabra, una astucia viril. (Si Maquiavelo ha molestado y ha indignado a muchos, ello parece deberse más que nada a que han temido en él la pretensión de revocar la primacía de la fuerza bruta; pero no hay que dejarse confundir por tan poco fundadas suspicacias, pues si honra al parigual las otras fuerzas, lo hace siempre en razón de que el designio de su empleo no sea otro que el de alcanzar la posesión de aquélla. ¿Quién, si no él, ha sido el paladín de la *virtud* romana, la cual no es, a la postre, para él, sino la noble ascesis requerida, en función de entrenamiento, para un más alto ejercicio de la brutalidad?)

Hay una idea moral y estética del juego limpio, de la competición leal, que universalmente se aplica a toda suerte de lides entre humanos; esquema destilado del contexto propio de la fuerza bruta y que, abstraído de él, se viene a proyectar, por modo de figura, incluso sobre aquellas contiendas que se hallan más distantes de lo específicamente muscular. (Hay sin duda algo más que lenguaje figurado —o un lenguaje algo más que figurado— cuando don Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se recrea tan recurrentemente en expresiones como: “atletas de la escolástica”, “potencia intelectual”, “para asentar verdades como el puño”, “victoriosa, sin embargo, y contundente en casi todo lo que es filosofía pura y monumento de inmenso saber y de labor hercúlea”, “era su erudición la del claustro, encerrada casi en los cancelos de la filosofía escolástica; pero icómo había templado sus nervios y vigorizado sus músculos esta dura gimnasia!”, “desde *La inquisición sin máscara* hasta el

¹¿Es tal vez un cuento de Bandello? Me lo contaba mi padre, que era muy aficionado a los cuentos italianos. Yo no he leído nada de Bandello, así que no lo puedo asegurar.

Diccionario crítico burlesco, desde *El jansenismo* y *Las angélicas fuentes* hasta *El juicio de El Solitario* de Alicante, todo lo recorrió y lo trituró, dejando dondequiera inequívocas muestras de la pujanza de su brazo”, “molió y trituró como cibera a los débiles partidarios que en Sevilla comenzaba a tener la nueva filosofía ecléctico-sensualista del Genovesi y de Verney”, “en cabeza suya asestó el padre Alvarado golpes certeros y terribles” —*Heterodoxos*, VI-III-VII, VI-IV-I y VII-II-V. ¿Pensaba Antonio Machado en estilos como éste cuando hablaba de “cabezas que embisten”? Resulta, pues, que la idea misma de nobleza está cortada por el patrón del único atributo privativo del varón, la potencia muscular, y que toda otra fuerza es, en principio, apartada como vil; incluso en el mundo de los negocios, en las incruentas competencias financieras, se considera desleal cuanto no opere por la cara y de poder a poder —esto es, sobre la imagen de la fuerza bruta. No pretendo con ello sospechar más que un determinado estatuto cultural, en lo que a las distintas artes de lucha se refiere, sin pronunciarme por ninguna de ellas ni meterme tampoco a esclarecer —cosa que en nada afectaría— si no me serán todas igualmente abominables. En cuanto a la puesta fuera de juego y la persecución de la bruja real, de la benéfica y mañosa curandera, acusada de competencia ilegal —o *desleal*— por los colegios de médicos, ¿no será, al fin y al cabo, otro atropello de las fuerzas nobles, so color de combate entre la ciencia (cosa masculina) y la superstición (cosa femenina)?